

CONCEPTOS ERRADOS

La locura de la cruz

Virgilio Zaballos

El punto de vista sobre este tema tiene su base en los principios del Reino de Dios, sobre el fundamento de las Sagradas Escrituras, tal y como lo entiende el autor, haciéndose responsable único de aquellos aspectos en los cuales haya otras interpretaciones; y va dirigido en primer lugar a todos aquellos creyentes, nacidos de nuevo, y que forman parte del Cuerpo de Cristo.

Índice

Cómo definimos llevar la cruz

Lo que significó para Jesús

El poder de la cruz de Cristo

Crucificados o comprometidos

La cruz nos libera de los traumas

Soltando el control de nuestras vidas

Conclusiones

EPÍLOGO

APÉNDICE

Después de mi conversión durante el servicio militar en la ciudad de Lérida, volví a Salamanca, mi ciudad natal, y me incorporé a la congregación local que despuntaba en esos días por su crecimiento, seriedad y entrega a la evangelización. Buena parte de ese movimiento evangelístico lo puso en marcha un misionero americano que era todo un ejemplo de valentía y consagración y muchos de los jóvenes creyentes de la iglesia nos involucramos en esa tarea. Uno de los métodos evangelísticos que usaba este misionero era un tablero que instalaba en una céntrica plaza de la ciudad. Con calma y arte iba trazando un cuadro en el que iba a representar el mensaje del evangelio, dando lugar a que la gente fuese acercándose a curiosear. Pronto se formaba una muchedumbre alrededor del "artista". Una vez que las personas estaban reunidas y había hecho los primeros trazos del cuadro, se volvía a la multitud y comenzaba a contar una historia a la vez que seguía pintando. Las personas escuchaban con atención para saber por dónde saldría este palabrero. Había un momento crítico en el proceso y era cuando en el dibujo aparecía la cruz de Cristo como eje central del mensaje que se estaba anunciando. En esos momentos gran parte de las personas comenzaban a abandonar el lugar una vez resuelto el enigma de qué iba aquello. La cruz hacía una separación, ocurría siempre, por eso los demás estábamos preparados para ir hacia los que se marchaban con algún folleto y tratar de compartir con ellos el evangelio.

La pintura de la cruz asentada sobre un monte era el momento crítico de este método evangelístico; sabíamos que las personas que aguantaban hasta el final superando el momento de la imagen de la cruz eran oyentes interesados y candidatos a mantener una conversación más en profundidad sobre la salvación. Con el tiempo fui comprendiendo el porqué de aquel abandono cuando se pintaba una cruz en aquel cuadro. La cruz es locura para los que se pierden, es un emblema de vergüenza y vituperio, además de haberse convertido en un símbolo religioso que enlaza con un pensamiento institucional de la fe. Hay que decir también, con dolor, que hoy ya no son solo los inconversos los que se marchan cuando aparece el mensaje de la cruz, sino los mismos creyentes y algunos predicadores que han huido del mensaje de la cruz a favor de un mensaje light y edulcorado del evangelio que es más atractivo al oído del oyente.

No cabe duda que el concepto de la cruz se ha distorsionado enormemente a lo largo de la Historia del Cristianismo; en algunos casos se ha deformado para convertirlo en un modelo de vida triste y dolorosa; y en otros se ha abandonado para no sufrir el oprobio de la cruz de Cristo. Sin embargo, como discípulos de Jesús es imposible huir de la realidad de la cruz y lo que ello significará en nuestras vidas a lo largo de nuestro peregrinaje. Hoy día no está de moda hablar de la cruz y sus implicaciones, hemos revertido el mensaje para acomodarlo a una vida cristiana hedonista, de confort, huyendo de la persecución de ser marcados como fundamentalistas, anacrónicos o religiosos. Sin embargo, la cruz de Jesús sigue siendo el lugar de encuentro con Dios y nuestro prójimo, es el eje sobre el cual gira la reconciliación de todas las cosas; es la que derriba la pared Intermedia de separación porque en ella han sido destruidas las enemistades.

Cómo definimos llevar la cruz

Nunca he olvidado la definición de la cruz que leí en los primeros años de mi vida cristiana en el libro de Guillermo Mac Donald, titulado *El verdadero discipulado*. El la define así: "La cruz es el emblema de la persecución, la vergüenza y el abuso que el mundo cargó sobre el Hijo de Dios, y que el mundo cargará sobre todos aquellos que elijan ir contra la corriente". David Wilkerson lo expresa de la siguiente manera: "La cruz representa la muerte de todos mis planes, ideas, deseos, esperanzas y sueños. Es más que todo la muerte absoluta de mi voluntad". Y esto está en oposición frontal al evangelio de los sueños que hemos visto en el capítulo anterior.

La frase "llevar la cruz" se ha malinterpretado tanto a lo largo de la historia que para muchas personas tiene que ver con una enfermedad, un problema en la familia, o cualquier otra adversidad. Pero nada de eso tiene que ver con el significado bíblico en la vida del discípulo. Jesús dijo en varias ocasiones que es un requisito previo para comenzar en el discipulado. *"El que no lleva su cruz... no puede ser mi discípulo"*; por tanto este término no se puede aplicar sin más a personas que ni siquiera creen en Jesús y viven a espaldas de su palabra. Entonces ¿cómo se lleva la cruz? Se lleva a través de nuestra identificación con el Mesías que ha sido manifestado en carne; que murió clavado en ella y resucitó venciendo a la muerte, el pecado y al diablo. La cruz se lleva viviendo crucificados con Cristo, unidos con él en su muerte, sepultura, resurrección y exaltación. De esa forma el poder de la resurrección y la novedad de vida pueden actuar en nosotros. Llevar la cruz es participar de los sufrimientos y las glorias que le siguen. Es vivir atados a Jesús, ligados a él y desatados del pecado y la naturaleza carnal. Llevar la cruz nos marca con una distinción. Nos hace diferentes. Es el sello que nos separa de la corriente de este mundo para guiarnos por la senda estrecha que conduce a la vida.

Un día cuando mi segundo hijo tenía trece años me pregunto qué era eso del horóscopo y cuál era el suyo, porque le habían preguntado en el Instituto a que horóscopo pertenecía y no lo sabía. Después de darle una pequeña explicación general me quedé pensando en la realidad de lo diferentes, en algunos casos, que llegamos a ser los creyentes en relación a los patrones de vida de la inmensa mayoría. Volví a recordar que la cruz de Jesús nos marca como personajes extraños en la sociedad, aunque a veces intentamos por todos los medios no ser distintos y adaptarnos al sentir general para no sufrir el oprobio inevitable de ser de Cristo y vivir por otro espíritu. Debo reconocer que ese tipo de ignorancia en mi hijo me agradó.

La cruz significa andar en la verdad en todo momento, vivir en luz y reprender las obras de las tinieblas (cf. Ef.5:7-12). La cruz significa no avergonzarse del Señor Jesús delante de los hombres (cf. Lc.12:8,9). El apóstol Pablo, que sabía muy bien lo que era llevar la cruz, dijo: "Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo" (Gá. 1:10). La cruz es una marca inevitable para el discípulo de Jesús; tropiezo para los judíos y locura para los gentiles. Sin embargo, Dios ha querido salvar a los creyentes por la locura de la predicación de Cristo crucificado. La cruz contiene debilidad y poder; sufrimiento y glorias; muerte y resurrección. Por esta ambivalencia la cruz es perseguida en unos casos y evitada en otros.

Lo que significó para Jesús

El apóstol les dice a los corintios que Jesús “aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios. Pues también nosotros somos débiles en él, pero viviremos con él por el poder de Dios para con vosotros” (2 Co.13:4). Jesús experimentó su máxima debilidad en la cruz que le introdujo en el juicio de Dios, la ira de Dios, la condenación por el pecado y la tortura de las potestades de maldad hasta que se levantó en el poder victorioso de la resurrección. Todo este proceso se inició con su entrada en el mundo para hacer la voluntad del Padre.

⁵Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; Mas me preparaste cuerpo. ⁶Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. ⁷Entonces dije: *He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad*, Como en el rollo del libro está escrito de mí. ⁸Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), ⁹y diciendo luego: *He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad*; quita lo primero, para establecer esto último (Hebreos 10:5-9).

Hubo un momento clave en el cumplimiento del tiempo, cuando afirmó su rostro para ir a Jerusalén. Jesús lo sabía, lo anunció a los suyos en diversas ocasiones, aunque los discípulos no acababan de comprender lo que significaba ir a Jerusalén, padecer a manos de las autoridades, ser muerto y resucitar. Pedro en su “buen deseo” de librarle de tan mal trago quiso evitarle la cruz alineándose, sin saberlo, con la voluntad del diablo. Para Jesús Jerusalén y la cruz, que sería levantada en aquel lugar, era ineludible. Era el punto culminante de su obra. Por ello “*Cuando se cumplían los días de su ascensión, El, con determinación, afirmó su rostro para ir a Jerusalén*” (Lc.9:51 LBLA). La ascensión pasaba irremediamente por Jerusalén y la cruz del Gólgota. Para nosotros no puede ser de otra manera. No somos más que el Maestro. La ascensión que nos coloca en una posición de autoridad en lugares celestiales con Cristo pasa por la cruz. “Este es el camino, andad por él”, dijo Jeremías. Seguir a Jesús es completar la senda en todos los aspectos de su recorrido. El dijo: “Yo soy el camino... nadie viene al Padre sino por mí”. Ese camino está trazado y abierto. No hay otro camino. No hay salvación fuera de Jesús. Si eludimos la cruz nos desviamos del camino y apareceremos en otro lugar. Muchos quieren evitar el tropiezo de la cruz, la vergüenza de la cruz, el oprobio, la locura a ojos del mundo, el ir contra corriente; pero no llegarán muy lejos porque el poder está en la fusión con Cristo en su cruz; crucificados con él, muertos con él, sepultados con él, resucitados con él y exaltados con él. “*Separados de mi, nada podéis hacer*”, les dijo a los suyos. Los mensajes que obvian la cruz de Cristo; los predicadores que ponen el acento solo en las glorias de la cruz sin el sufrimiento del mismo madero conducen a la grey a la perdición, a un camino errado con destino fatal. Por ello el apóstol de los gentiles era tan descarnado en su lenguaje hacia los que pretendían quitar el tropiezo de la cruz; sabía que esa adulteración conducía a los discípulos lejos de la voluntad de Dios y por tanto a errar el blanco.

¹⁸Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que *son enemigos de la cruz de Cristo*; ¹⁹el fin de los

cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal (Fil.3:18-19).

¹¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos *Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado?* (Gá. 3:1).

¹¹Y yo, hermanos, si aún predico la circuncisión, ¿por qué padezco persecución todavía? *En tal caso se ha quitado el tropiezo de la cruz.* ¹²¡Ojalá se mutilasen los que os perturban! (Gá. 5:11,12).

El evangelio de Jesús es Jesús mismo y Su obra acabada. La Persona y la obra no se pueden separar. La obra es completa; no puede ser que escojamos una parte y eludamos otra. Es el mismo mensaje. O se toma todo o no se obtiene nada. Medias tintas no son posibles en el reino de Dios. La tibieza es vomitada. Nos engañamos con una entrega por partes y compromisos. El evangelio es un pacto, no un compromiso. El discípulo se rinde no negocia. Su rendición es sin condiciones; es una entrega total a aquel que lo compró, le redimió, para ser suyo para siempre. Somos propiedad de Dios, no nos pertenecemos a nosotros mismos. La cruz de Jesús, su sangre derramada en el Gólgota es el precio pagado. Por tanto, si vivimos para el Señor vivimos y si morimos para el Señor morimos, sea que vivamos o que muramos del Señor somos.

Para Jesús la cruz significó entrar en Jerusalén en olor de multitudes para que poco después esas mismas multitudes gritaran: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! Significó ser clavado en vergüenza, desnudo, morir como un maldito; cargar con el juicio de Dios y Su ira por nuestros pecados; llevar nuestra condenación y pagar por nuestra culpa. Jesús es nuestro sustituto, el justo por los injustos. Ahora para obtener el beneficio de Su obra debemos ser unidos a él por la fe, invocar Su Nombre y participar de sus padecimientos y sus glorias. El agua del bautismo nos une en una dimensión espiritual de esa fusión entre el creyente y Cristo: muertos con él, resucitados con él (*cf.* Ro.6:3-6) (*cf.* Col.2:12). El eje sobre el cual gira toda su obra es la cruz. Por ello era necesario que se cumpliera todo lo que estaba escrito del Mesías.

²⁵Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ²⁶*¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?* ²⁷Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían (Lc. 24:25-27).

Para el Maestro fue necesario pasar por Jerusalén y aceptar la cruz que habían levantado en el monte Moriah. Para nosotros también será necesario ir con Jesús a nuestro Jerusalén en cada momento y aceptar la cruz que nos espera por nuestra unión con Cristo. Este no es un mensaje de derrota o conformismo a las circunstancias, sino de poder para encarar los peores enemigos del ser humano: el pecado, la naturaleza de pecado, el hombre carnal, los poderes de este mundo, la maldición y la muerte. Todo ello tiene una respuesta en la cruz.

El poder de la cruz de Cristo

Una vez más es Pablo quién nos dice que no se haga vana la cruz de Cristo. Que la palabra de la cruz es locura para unos y poder de Dios para otros. Que ese es el mensaje que debemos anunciar porque le ha agradado a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación; y esa locura tiene un aguijón que actúa como ariete contra los poderes del infierno: la cruz.

¹⁷Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo. ¹⁸Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios. ¹⁹Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, Y desecharé el entendimiento de los entendidos. ²⁰¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? ²¹Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. ²²Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; ²³pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; ²⁴mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios. (1 Co.1:17-24).

Locura y poder de Dios. Sabiduría del mundo y sabiduría de Dios. Tropezadero y locura para unos, poder y sabiduría de Dios para otros. Son algunas de las contradicciones del mensaje de la cruz. Esta controversia está implícita en el mismo mensaje. No podemos ni debemos separarlas. La cruz que por un lado reconcilia, por otro condena. Para unos su mensaje es olor de vida para vida y para otros olor de muerte para muerte (cf. 2 Co. 2:14-17).

La cruz de Cristo, significando con ello la obra redentora, actúa sobre los peores enemigos del hombre: el pecado (la naturaleza pecaminosa que hemos heredado); los poderes de las tinieblas de este siglo (personificados en la serpiente antigua, el diablo, Satanás y sus ángeles caídos); el sistema de este mundo (con su sabiduría terrenal, animal y diabólica); el acta de los decretos que nos era contraria y que nos condenaba (identificados por la ley de Moisés que no hemos podido cumplir); la maldición que arrastramos por la desobediencia y que nos ha alejado de Dios desde los días de Caín, el homicida que mató a su hermano Abel. Y por último la muerte, el postrer enemigo, la separación eterna de la Fuente de vida de Dios, del árbol de la vida. Todos estos enemigos han sido derrotados en la cruz de Cristo y de ello nos habla el evangelio. Veamos la enseñanza del apóstol Pablo sobre lo que acabamos de decir.

La cruz actúa sobre el pecado y su naturaleza pecaminosa. "Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado" (Ro.6:6). Está escrito en Gálatas 5:24 que "los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos". La predicación del evangelio que no contiene ni explica el poder destructivo del pecado no puede crear la necesidad de un redentor que nos libra de la naturaleza caída en la cruz y por su sangre derramada. El pecado tiene un dominio sobre el ser humano que debe ser destronado para que reine otro, eso es lo que enseña Pablo en su carta a los Romanos. Hemos sido siervos del

pecado; hemos servido al pecado como nuestro dueño; todos nuestros miembros le han servido y el fin de ese servicio es la muerte (cf. Ro.6:16-23). Pues bien, en Cristo somos de otro dueño, somos un espíritu con Jesús; ahora servimos a la justicia; la nueva naturaleza que hemos recibido y que emana de la cruz, la muerte, resurrección, ascensión y exaltación ha sido creada en la justicia y santidad de la verdad (cf. Ef.4:24). Por tanto, tenemos otro dueño, otro Señor. Nuestra confesión de fe es "Jesús es mi Señor" con todo lo que ello implica. *"Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación"* (Ro.10:9,10). El problema es que hemos guiado a muchos a una confesión de fe que no saben lo que significa. Les hemos forzado a levantar la mano en señal de aceptación sin que supieran lo que implica esa invocación. Hemos puesto el acento en la vocalización de las palabras correctas perdiendo la profundidad de lo que incluye el mensaje: nuestra muerte con Cristo para resucitar con él a una nueva vida lejos del pecado, nuestro antiguo dueño.

La cruz actúa sobre los poderes de las tinieblas destronándolos de su dominio sobre el hombre. *"Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz"* (Col.2:15). El evangelio muestra que Jesús ha venido a deshacer las obras de las tinieblas (cf. 1 Jn. 3:8). La cruz es poder de Dios en los que están unidos a Cristo para vencer el pecado y a Satanás. El apóstol Juan vio como el diablo fue lanzado fuera del cielo y arrojado a la tierra para hacer guerra contra los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús. Ellos le vencieron por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, menospreciando sus vidas hasta la muerte; lo cual es una señal inequívoca de que viven unidos a la cruz de Cristo y toda la obra que emana de ella (cf. Ap. 12:9-17).

La cruz actúa sobre el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, la anula y la quita de en medio clavándola en la cruz (cf. Col.2:14). La ley que nos condenaba por la imposibilidad de cumplirla en su totalidad, -por la impotencia de realizar sus demandas-, ahora es cumplida en Cristo y aplicado su cumplimiento a nosotros que creemos en su justicia. Por tanto no hay más condenación para los que están en Cristo Jesús. El Acusador ha sido vencido y el acta de acusación ha sido anulada por la justicia de la cruz; donde el justo fue clavado, maldecido y condenado, no por su pecado sino por el nuestro; por tanto su justicia puede ser aplicada a nosotros por la fe en Jesús y Su obra redentora.

La cruz actúa sobre el sistema de este mundo de tinieblas venciendo sus filosofías, sabiduría y argumentos contrarios a la revelación de Dios. Estamos en el mundo pero no somos del mundo; por eso nuestra crucifixión con Cristo nos aleja de la influencia de los poderes que el príncipe de la potestad del aire opera en los hijos de desobediencia (cf. Ef.2:1-3). El apóstol Pablo expuso esta verdad cuando dijo: *"Pero lejos esté de mi gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quién el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo"* (Gá. 6:14).

La cruz actúa sobre la maldición de la ley. Jesús fue hecho maldición por nosotros en la cruz del Calvario para que hubiera un intercambio. El tomó nuestra maldición sobre el madero y sacó a luz la vida, la bendición y la inmortalidad por el evangelio. Así está escrito: *"Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito:*

maldito todo el que es colgado en un madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu” (Gá. 3:13-14).

La cruz actúa sobre las enemistades. En este caso entre las enemistades de los gentiles con el pueblo de Israel. Estábamos alejados de los pactos y las promesas; no éramos pueblo ni habíamos recibido misericordia; *“pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades” (Ef.2:13-16).* La cruz nos ha unido con el destino del pueblo de Israel porque hemos sido injertados en los pactos y promesas que Dios les dio a Israel y su descendencia. Por medio de la fe en Jesús y la cruz levantada en el Calvario hemos sido unidos, reconciliados con el pueblo de Dios. La historia muestra la paradoja de que ha sido precisamente el símbolo de la cruz lo que ha perseguido a los judíos; pero la verdad de Dios es que nosotros, gentiles, ya hemos sido reconciliados con Dios y con Israel; la cruz ha matado las enemistades. Este es un hecho en la obra de Jesús. Lo cual nos muestra lo poco que hemos entendido la expiación; en muchos aspectos sigue siendo un misterio sin revelar, y cuando no hay revelación el pueblo perece; las tinieblas se aprovechan de la ignorancia para invertir los propósitos de Dios. Esto es lo que ha ocurrido históricamente entre gentiles y judíos. (Para un estudio más amplio sobre este tema remito al lector a mi libro: “El enigma Israel”). Es importante saber esto: que el mismo adversario que ha perseguido a los judíos mediante el antisemitismo es el que lo ha hecho a los cristianos a través del oprobio de la cruz. Es el mismo enemigo con distintos disfraces; la misma persecución y el mismo pueblo: los redimidos del Señor. La cruz ha sido tropiezo para los judíos; el antisemitismo (cuyo distintivo ha sido en muchas ocasiones la estrella de David) ha sido tropiezo para muchos creyentes gentiles. En muchos casos ambas persecuciones han querido ser evitadas mediante la asimilación al entorno social para no sufrir por ello. En ambos casos esa persecución viene precedida por la no aceptación de la soberanía de Dios en la realización de Sus planes con la humanidad. Los hijos de ira y desobediencia son siempre los instrumentos del enemigo de Dios para oponerse a Su voluntad revelada. Usen un disfraz religioso, político, cultural o laicista su objetivo final es rebelión contra Dios y Su palabra.

La cruz actúa sobre la muerte. *“Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte” (1 Co.15:26).* Esa derrota final del mayor enemigo del ser humano fue conseguida por Jesús mediante el poder de su cruz y su muerte, levantándose victorioso en el poder de la resurrección. En los lugares celestiales ya se ha oído este clamor: *“¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”*⁵⁶ ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley.⁵⁷ *Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:55).* La obra consumada de Jesús ha cumplido con la derrota de todos los enemigos. *“Hecho está” (Ap. 21:4-6).* Jesús ha resucitado, primicia de los que durmieron ha sido hecho. Nuestro Salvador Jesucristo ha quitado la

muerte y sacado a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio (cf. 2 Timoteo 1:10). El autor de la carta a los Hebreos nos dice: "Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, ¹⁵y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre" (Hebreos 2:14,15). Maravillosa cruz. Gloriosa cruz. Jesús se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz. "Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Filipenses 2:8-11). El día postrero será revelada en toda su plenitud la inmensidad de la obra gloriosa de Jesús en la cruz del Calvario. Los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, porque él es la resurrección y la vida; y el que cree en él, aunque esté muerto vivirá (cf. Juan 11:25).

El evangelio es poder de Dios para salvar. La palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que salvan es poder de Dios. Dios ha querido salvar a los creyentes por la locura de la predicación, por tanto predicamos a Cristo y este crucificado. Podemos predicar otro Jesús, otro evangelio y otro Espíritu; pero solo hay un evangelio cuyo mensaje central es la cruz de Jesús. En esa cruz fue vertida la sangre del justo que nos limpia de todo pecado. Esa cruz condujo a la muerte al Mesías, a la sepultura y bajada al Hades, a la resurrección y la exaltación a la diestra del Padre; y ha recibido un nombre sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra. Esa es la fuente del poder de Dios para nosotros hoy: que podamos vencer al pecado, al diablo, al mundo, el acta de acusación, la maldición, todas las enemistades y por fin a la muerte, el último enemigo. La cruz nos ha reconciliado con Dios y con el hombre de cualquier nacionalidad. La cruz no hace diferencia entre seres humanos; los brazos extendidos del Hijo de Dios abrazan a todo aquel que cree en él y les da vida eterna. Todas las filosofías, ideologías y religiones humanas tienen su respuesta en la obra de Jesús, cuyo símbolo es la cruz.

Crucificados o comprometidos

Una y otra vez se habla en nuestros púlpitos de compromiso. Se nos insta a contraer un compromiso con Cristo, con la iglesia, con las finanzas, con la ayuda social, con la evangelización y con cualquier otro proyecto que se presente. Lo he oído tantas veces que me puse a pensar que significa realmente comprometernos. Busqué a grandes rasgos en mi interior esa palabra en las Escrituras y supe casi instantáneamente que ese lenguaje no es de la Biblia. El evangelio nos habla de rendición, de someternos a la voluntad de Dios, de ir en pos del Maestro sin condiciones y especialmente habla de estar crucificados con Cristo; nuestra vida le pertenece, hemos entrado en un Pacto no en un compromiso. En un pacto damos todo lo que somos y tenemos a la otra parte y recibimos lo mismo. El hijo de Dios ha entrado en un Pacto con Dios a través de la sangre de Jesús. El lenguaje de Pablo es este:

²⁰Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gá. 2:20).

El compromiso apela a nuestra voluntad para mantener la palabra dada, cumplir con la obligación contraída. Estar crucificados con Cristo es una rendición total de mi voluntad a la suya para vivir no mi vida sino la suya en mí. "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que vivo en la carne (mi vida natural, mi tiempo y circunstancias) lo vivo en la fe del Hijo de Dios". Una y otra vez se apela a la fuerza de la voluntad humana, a doblegarla, a someterla con un compromiso escrito, verbal o de alzamiento de manos; pero ese lenguaje siempre estará por debajo de las demandas del discipulado y nos engañará en cuánto a que podemos elegir comprometernos o no. El lenguaje del evangelio es imperativo: Amad, perdonad, servid, andad en el Espíritu, no satisfagáis los deseos de la carne, resistid al diablo, predicad el evangelio, dad de gracia. No hay nada que apele a una opción de comprometernos o no. Jesús dijo: "El que quiere venir en pos de mí niegue a sí mismo, tome su cruz y sígame". "El que ama padre, madre, mujer e hijos y aún su propia vida más que a mí no es digno de mí". El lenguaje de compromiso tiene que ver casi siempre con el sistema religioso, sus proyectos, las visiones del líder o de cualquier otro hermano. No digo que no sean buenos proyectos, lo que digo es que el énfasis está puesto en convencer de algo para recibir el apoyo y la colaboración de los hermanos. Ese fundamento tiene su base en el hombre natural. Cuando hablamos del hombre renacido su base está en la cruz de Cristo, la unión con él, crucificados con él, muertos con él, sepultados con él, resucitados con él. El fundamento está puesto sobre la unión del creyente con Cristo y no del compromiso con la iglesia. Nuestra fuente de vida, de donde emana el movimiento de nuestra voluntad, es la unión con Jesús, y si esa relación está bien establecida habrá sometimiento a Su voluntad que la reconoceremos en Su palabra, Su Espíritu, la medida de nuestra fe y por supuesto en la comunión con el Cuerpo, con los demás hermanos, los demás miembros del Cuerpo con sus funciones y manifestaciones que aceptaremos como algo normal, sin la coacción carnal del reclamo continuo a someternos al pastor, la visión, los proyectos, y todos los demás etcéteras.

Parece un lenguaje similar, en la práctica parecería igual pero no lo es. Uno apela al hombre natural, el otro fluye del hombre espiritual, renacido, sometido a la voluntad de Dios y Su Espíritu. Este es el lenguaje del Nuevo Pacto: "Pondré mi ley en sus corazones". "La unción misma os enseña a permanecer en Cristo". "Andad en el Espíritu". "Vivir en el Espíritu". "Sed llenos del Espíritu". "El justo vive por fe". Pero claro, cuando no está activada esta vida hay que ayudarla, estimularla y ¿cómo lo hacemos? mediante la presión carnal en lugar de persuadir o impartir; obligando a contraer un compromiso, es decir, regresamos a la ley, el legalismo, para acabar frustrados ante la indiferencia generalizada de la mayoría. Solo unos pocos apoyan el trabajo que a su vez hará notoria la actitud de otros a quienes juzgaremos como cristianos de segunda categoría, simpatizantes, carnales, no comprometidos; en lenguaje católico diríamos "católicos no practicantes". Este enfoque parecería idílico;

ideal pero irreal; por lo que acabamos apelando a la carne, a coaccionar, amenazar, incluso maldecir. Sin embargo el profeta nos dice:

⁶Entonces respondió y me habló diciendo: Esta es palabra de JHWH a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho JHWH de los ejércitos (Zacarías 4:6).

Comprendo la frustración de muchos pastores, yo también la he experimentado; pero no podemos establecer otras reglas. Por ello es tan importante saber que "si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican" (Sal. 127:1). Moverse cuando la nube está parada es tan contraproducente como quedarse quieto cuando la nube se levanta (cf. Números 9:15-23). Mi "sueño" de pastor era que el Señor despertara el espíritu de los hermanos para edificar (cf. Esd. 1:1,5). El apóstol Pablo intentó pasar a Asia pero el Espíritu no se lo permitió (cf. Hch.16:6,7). Fue el Espíritu quién envió a los apóstoles Bernabé y Pablo a la obra misionera (cf. Hch.13:1-4). Era la palabra la que crecía y el Señor quién la confirmaba con señales y prodigios (cf. Hch. 19:20). Es tan importante moverse con el Espíritu o pararse con la nube que nuestras vidas están intrínsecamente ligadas y dependientes del Señor; "separados de él nada podemos hacer" (Jn.15:5). "Si yo fuere levantado a todos atraeré a mí mismo" (Jn.12:32). Nosotros vivimos en un tiempo cuando la potencialidad humana, el humanismo, la fuerza del hombre natural tiene una capacidad tremenda dados los avances científicos y tecnológicos, que hace fácil caer en la tentación de hacer la obra del Señor con ladrillos humanos en lugar de con piedras vivas. Estamos tan amenazados por los resultados que provocamos y manipulamos lo necesario para "producir la obra de Dios"; las manifestaciones del Espíritu; el avance del Reino, sin darnos cuenta que la batalla no es nuestra, es de Dios. Y no estoy apelando al quietismo, ese es otro extremo, sino a depender de la dirección de Dios, la fuerza del Espíritu, la gracia capacitadora, y eso solo viene a nosotros cuando estamos rendidos, crucificados, unidos con Cristo en su muerte, sepultura, resurrección y exaltación.

Cuando levantamos el ídolo de la potencialidad humana dando culto a la criatura en lugar de al Creador, Dios nos entrega, nos deja seguir hasta que choquemos con el muro de la impotencia para regresar a Él y Sus caminos. Algunos regresan, otros se afirman más aún en sus recursos y acaban levantando estatuas como la que levantó Nabucodonosor en la llanura de Dura (Daniel 3). Quieren que todos la adoren y lo consiguen en parte, hasta que viene el juicio y acaban comiendo hierba con los animales del campo hasta que reconozcan que es el Señor quién gobierna y da a quién El quiere su obra. La soberbia humana no tiene límites; puede avanzar hasta alturas insospechadas. También está escrito que cuando se reúnen los pueblos y piensan cosas vanas el Señor se reirá de ellos.

¹¿Por qué se amotinan las gentes,
Y los pueblos piensan cosas vanas?

²Se levantarán los reyes de la tierra,
Y príncipes consultarán unidos

Contra JHWH y contra su ungido, diciendo:

³Rompamos sus ligaduras,

Y echemos de nosotros sus cuerdas.

⁴El que mora en los cielos *se reirá*;
El Señor *se burlará* de ellos.
⁵Luego hablará a ellos en su furor,
Y los turbará con su ira.
⁶Pero yo he puesto mi rey
Sobre Sion, mi santo monte (Salmo 2:1-6).

Hemos asumido buena parte del lenguaje moderno y abandonado las verdades eternas de la palabra de Dios. El resultado es un pueblo debilitado, indiferente, apático, salvo cuando hay diversión y entretenimiento, entonces despertamos del letargo y disponemos nuestra voluntad para la acción; pero sigue siendo andar en lo natural y no por el Espíritu de Dios; por el interés de los beneficios o el reconocimiento y no por nuestra unión con Cristo; Su amor que nos ha cautivado porque hemos entendido que "nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros". De ese amor brota nuestra entrega y servicio incondicional, con todas nuestras fuerzas, toda nuestra mente y todo el corazón.

Vivir crucificados con Cristo nos saca de la esclavitud del pecado, de los reclamos de la concupiscencia y el mundo, y nos separa de las tinieblas para adentrarnos en el Reino (*cf.* Col.1:13).

Vivir crucificados nos separa de la independencia de Dios, (al estilo de la de Adán); de la rebelión de Babel; de la formación de sistemas religiosos (como el pecado de Jeroboam); de la vanagloria de la vida terrenal y nos da una perspectiva y mirada eterna. Somos extranjeros y peregrinos en la tierra, ciudadanos del cielo separados del barro perecedero. El apóstol Pablo dijo: "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí". Y cuando dijo: "Ahora, he aquí, *ligado yo en espíritu*, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer; salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones. Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios" (Hch. 20:22-24). Es el mismo espíritu que hubo en Cristo Jesús, su Señor. Este es el lenguaje apostólico. Pablo vivía unido a Cristo en su vida y en su muerte; estaba asido, alcanzado por su Señor (*cf.* Fil.3:8-16) y dueño de su vida; vivía como esclavo de Jesucristo, muy diferente a contraer un compromiso.

La cruz nos libera de los traumas

La cruz establece el equilibrio entre Dios y el hombre; el hombre y el hombre; el hombre y la creación (*cf.* Ef.2:14-16). La cruz nos desprende de todo aquello que puede causarnos un trauma. Separa las ligaduras opresivas -aunque sean muy humanas- que se pegan a nuestras almas de forma desordenada. Por ejemplo: la familia, la economía, el éxito, la reputación, los bienes materiales, la honra y fama, la salud, nuestra realización personal y hasta la propia vida (*cf.* Lc.14:26-27).

Los traumas vienen cuando se nos quita aquello a lo que vivimos "enganchados". Entonces nos frustramos, entramos en depresión y vacío, y nuestra existencia pierde su sentido. Jacob vivió un tiempo esta clase de

experiencia. Su vida (alma) estaba ligada a la vida (alma) de Benjamín, y si algo desagradable le ocurría a su hijo quedaba atrapado en lazos opresores. "Como su vida está ligada a la vida de él, sucederá que cuando no vea al joven, morirá; y tus siervos harán descender las canas de tu siervo nuestro padre con dolor al Seol" (Génesis 44:29-31). Aparece la misma ligadura en la vida de Siquem. "Y la vio Siquem [a Dina la hija de Lea] hijo de Hamor heveo, príncipe de aquella tierra, y la tomó, y se acostó con ella, y la deshonoró. ³Pero su alma se apegó a Dina la hija de Lea, y se enamoró de la joven, y habló al corazón de ella" (Génesis, 34:2,3). Ésta clase de unión es dañina y desequilibrada. Nuestra vida depende de Jesús y los lazos que suplantaban esa dependencia acaban desestabilizando el orden que debemos seguir: Amarás al Señor tu Dios y al prójimo como a ti mismo. Ese es el orden divino y equilibrado.

Abrahán vivió este orden. Su vida dependía de Dios y no de su hijo Isaac, por eso "por la fe Abrahán, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir (cf. Heb.11:17-19). Nuestras vidas sí están ligadas a Jesús, por eso no podemos vivir separados de él (cf. Jn.15:5). El apóstol Pablo nos dice que nuestra unión con Cristo es tan fuerte "que el que se une al Señor, un espíritu es con él" (1Co.6:17), y que nada ni nadie nos podrá separar de su amor (cf. Ro.8:38-39).

Vivir unidos a Jesús es más que una doctrina o buena enseñanza; es penetrar en una dimensión desconocida por el hombre caído, y solo accesible a la nueva creación. Querer apropiarse esta clase de vida resucitada conlleva -invariablemente- una pérdida total de la nuestra. Es el epicentro del misterio de la redención. Cristo entrega su vida por nosotros; nosotros soltamos y entregamos nuestra vida para recibir la suya (cf. Jn. 12:24,25). ¿Podemos conseguir que esto sea una experiencia real y vivirlo siempre? No. ¿Por qué?; porque la vida vieja se sigue activando en ocasiones y es necesario pasar muchas veces por la experiencia de morir y resucitar a diferentes cosas. Pablo dijo, "cada día muero" (1Co.15:31); y también escribió "nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal (cf. 2Co.4: 11). Por lo tanto, cada día necesitamos llevar la cruz; cada día morimos con Cristo y cada día podemos experimentar el poder de resurrección con Jesús. La cruz nunca pasa porque cada día hay lucha contra el pecado y la concupiscencia, el Adversario, el Acta contraria, el sistema de este mundo y la muerte. Es una batalla continua que se vence unido con Cristo en su crucifixión, muerte, sepultura, resurrección y exaltación. Es invocar su Nombre. El es rico para todos los que le invocan (Ro.10:12). El descanso está en vivir y andar en el Espíritu (cf. Romanos 8:1-6).

La liberación a los traumas de la vida pasa por la crucifixión con Cristo. En ese lugar nada nos podrá traumatizar porque hemos soltado todas las cosas que nos ataban o puedan atarnos, y las hemos crucificado en la cruz de Cristo. Ya no nos dominan. Pertenece a otro Dueño. Y si en algún momento cualquier lazo o cadena pretende levantarse contra nosotros traeremos nuestras cargas a Jesús, las soltaremos y quedaremos libres. Venir a la cruz es venir al equilibrio. Venir a la cruz es volver a morir

para volver a resucitar. ¿Cuántas veces necesitaremos este camino, hasta siete? No te digo hasta siete, sino todas las que sean necesarias.

Soltando el control de nuestras vidas

Recuerdo la angustia que me azotaba cuando después de orar y orar para tener un hijo; afirmarnos en las promesas de Dios de que no habrá estéril en tu casa (cf. Ex. 23:26); llegar al momento cuando mi mujer quedó embarazada de nuevo, después de un aborto natural hacía más de tres años, y que nuevamente se presentaba la amenaza de perder a nuestro hijo. Durante un mes mi esposa guardó reposo sin levantarse de la cama por amenaza de aborto. El feto no había llegado a los tres meses todavía y la madre en cama manchaba sangre. Yo oraba al Señor por la vida de nuestro primer hijo. La lucha era intensa hasta que un día llegando a casa, en medio de la calle, comprendí que debía soltar la vida de mi hijo. Me acordé de Abrahán y la entrega que hizo de Isaac, su primogénito, en el monte Moriah. El soltó a su hijo confiando en Dios que lo resucitaría. Yo comprendí que debía soltar al mío y entregarlo en las manos de Dios para que viviera o muriera. Recuerdo perfectamente la paz que inundó mi alma en esos momentos. Toda mi lucha cesó en un instante. Había soltado su vida y entregado a quién tiene poder para guardarla, quitarla o resucitarla. Al poco tiempo el embarazo se estabilizó, mi mujer se levantó de la cama y no hubo más problemas hasta el día de dar a luz a nuestro primer varón.

La cruz hace eso por nosotros cuando vivimos crucificados con Cristo. La cruz nos libera de todo aquello a lo que nos aferramos y produce la liberación poniendo rumbo a la muerte y la resurrección. Ese poder solo lo tiene Dios. El es autor de la vida. Todas las almas son suyas. El ha puesto espíritu y eternidad en el corazón del hombre. Nuestras vidas están en sus manos cuando las soltamos de las nuestras y le proclamamos Señor. Entonces, "si vivimos para el Señor vivimos, y si morimos para el Señor morimos, sea que muramos o que vivamos, del Señor somos" (Ro.14:8). Nota la última expresión: "del Señor somos". No somos nuestros, no controlamos nuestras vidas, administramos nuestras vidas como mayordomos; no controlamos la vida de nuestros hijos, somos responsables de quienes Dios pone a nuestro cuidado y debemos ser hallados fieles en su realización (cf. 1 Co.4:1,2). Me impacta la experiencia del apóstol Pablo en medio de la tempestad en el mar. Su lenguaje es liberador. "Esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quién soy y a quién sirvo" (Hch.27:23). "De quién soy y a quién sirvo". Somos de Dios. El es nuestro Padre y Pastor, nada nos faltará. En Sus manos estamos seguros; por tanto soltemos nuestras vidas y no nos aferremos a un mundo movible y cambiabile; efímero y perecedero.

En mi vida he tenido que soltar cosas que nunca pensé debía soltar. Estaba tan feliz con "mi ministerio"; disfrutaba realmente con mi trabajo; era el verdadero sentido de mi vida, ninguna otra cosa la llenaba como la consciencia de saber que servía al Señor, era líder, pastor y maestro y esperaba éxito y triunfo. Pero comenzó la tormenta, como la de Pablo en su viaje a Roma, y comprendí que tenía que soltar "el ministerio", traerlo a la cruz y esperar si el Señor lo quería resucitar con el cuerpo que El quisiera

darle. Recuerda que cuando la semilla cae en la tierra y muere, al resucitar no lo hace con el mismo cuerpo anterior, sino con un nuevo cuerpo, un nuevo formato y en muchos casos no como hemos imaginado. Pues bien, tuve que soltar lo que más amaba. Salir de un estilo de vida formado y establecido para andar un largo y ardiente desierto. Di coces contra el aguijón. Busqué y clamé para recuperar lo que "había perdido" hasta que tuve que rendirme una vez más y regresar a la cruz. Y como dice el antiguo himno: "en la cruz, en la cruz, do primero vi la luz; y las manchas de mi alma yo lavé, fue allí por fe, que vi a Jesús y siempre con él allí estaré". Comprendí que la resurrección es obra de Dios y no de nosotros mismos. No tenemos poder en esa área. Cuando somos crucificados con Cristo perdemos el control y entramos en la noche oscura hasta que el día resplandece. Así fue para el Hijo de Dios y es lo mismo para nosotros, salvando las distancias. En la resurrección es Dios quién le da el cuerpo como Él quiere. No hay una única forma de "servir al Señor", es algo que he aprendido a lo largo de estos últimos años. He podido hacerlo de muy diversas formas que nunca había imaginado y con un alcance mayor.

³⁶Necio, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere antes. ³⁷Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otro grano; ³⁸pero Dios le da el cuerpo como él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo (1 Co.15:36-38).

Cuando Jesús resucitó ni siquiera sus discípulos le conocían. Su cuerpo había experimentado una transformación de tal manera que siendo el mismo era muy diferente en apariencia. Jesús soltó su vida cuando oró: "Padre mío, si es posible pase de mi esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú" (Mt. 26:39). Para nosotros, discípulos suyos, es el mismo proceso en muchas ocasiones a lo largo de nuestro peregrinaje. La vida cristiana es soltar la nuestra para recibir la suya. Después de aceptar el evangelio, unos dos años después, solté a mi novia (llevábamos casi un lustro de noviazgo muy intenso), mi trabajo, mi familia, y mi congregación en Salamanca para ir a estudiar a Lérida a una Escuela Bíblica. Solté hasta la seguridad social y mis pocos ahorros, que usé en el pago de mis estudios y en la compra de una Biblia nueva y varias docenas de Nuevos Testamentos para regalar en la evangelización. Después de seis meses estudiando se abrió un camino nuevo para formar parte de un equipo evangelístico pionero en la provincia de Toledo con el misionero Ulf Jonzon de Suecia y algunos otros hermanos. Recuperé a mi novia, nos casamos y juntos vivimos doce años intensos de servicio incondicional al líder y la obra que realizamos en una diversidad muy amplia.

A lo largo de mi vida he soltado muchas cosas a las que estaba aferrado, y seguro tendré que soltar otras en el futuro. He soltado iglesias y reputación; amistades apreciables cuando he tenido que escoger entre quedarme contra mi conciencia o salir y perder a los que siguen en Babilonia. (Recordemos que en los días de la restauración de Judá a su tierra, después de su cautiverio, muchos quedaron en la tierra de los caldeos, donde cumplieron alguna misión en días de Ester y Mardoqueo. No quiero juzgar las decisiones de cada uno, solamente las que yo mismo he tomado creyendo ver en ello la dirección de Dios). He soltado en ocasiones, junto con mi mujer, una vida cómoda y estable económicamente por la incertidumbre de vivir al día, sin ahorros. He pasado doce años sin cotizar a

la seguridad social porque no tenía nómina para vivir sino "un apaño" económico para sobrevivir trabajando los dos sin alcanzar a recibir ni el sueldo de uno. Todo ello por una mezcla de idealismo, ingenuidad y aprovechamiento que otros hicieron de mi entrega al discipulado sin condiciones. Pero como nos dice la Escritura: "Cuántas cosas eran para mi ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo" (Fil. 3:7).

En mi país han sido muchos los que han soltado tantas cosas por amor al evangelio. Sin embargo lo mejor para el creyente está por delante: la esperanza de gloria. La cruz seguirá siendo y conteniendo una parte de oprobio y tropiezo, así como de glorias y triunfos. Es la locura de la cruz.

¹⁰Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, ¹¹escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano *los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos* (1 Pedro 1:10-11).

¹⁰Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. ¹¹A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén (1 Pedro 5:10,11).

Conclusiones

Al finalizar este último capítulo del libro deberíamos preguntarnos si no hemos abandonado en proporciones alarmantes el mensaje de la cruz. En lugar de la cruz y su poder predicamos el éxito y la prosperidad. Es un mensaje más acorde con los tiempos de hedonismo, materialismo y superficialidad que vivimos. Y no podemos alegar que no hemos sido advertidos por los profetas de nuestro tiempo. Uno de ellos, A. W. Tozer, ya en la mitad del siglo XX advierte sobre el peligro de convertir a los pastores y dirigentes evangélicos en "estrellas" de la religión. Como los antiguos israelitas hemos hecho oídos sordos a nuestros profetas y se han cumplido sus previsiones. Este hombre de Dios que pastoreo la Southside Alliance Church de Chicago durante 31 años, en uno de sus escritos habla sobre la vieja y la nueva cruz. Creo que no está de más recordar aquí sus palabras. (El mensaje completo aparece en un Apéndice al final del libro).

"La cruz vieja no tenía nada que ver con el mundo; para la orgullosa carne de Adán, significaba el fin del viaje. Ella ejecutaba la sentencia impuesta por la ley del Sinaí. En cambio, la cruz nueva no se opone a la raza humana; antes al contrario, es una compañera amistosa y, si es entendida correctamente, puede ser fuente de océanos de diversión y disfrute, ya que deja vivir a Adán sin interferencias (...) Todavía se acentúa el placer (...) La cruz nueva fomenta un nuevo y totalmente distinto trato evangelístico. El evangelista no demanda la negación o la renuncia de la vida anterior antes de que uno pueda recibir vida nueva; predica no los contrastes, sino las similitudes; intenta sintonizar con el interés popular y el favor del público, mediante la demostración de que el cristianismo no contiene demandas desagradables, antes al contrario, ofrece lo mismo que el mundo ofrece pero en un nivel más alto (...) El mensaje cristiano es aguado o desvirtuado para ajustarlo a lo que esté de moda en el mundo, y

la finalidad es hacer el evangelio aceptable al público (...) El evangelismo que traza paralelos amistosos entre los caminos de Dios y los de los hombres, es un evangelio falso en cuanto a la Biblia, y cruel a las almas de sus oyentes. La fe de Cristo no tiene paralelo con el mundo, porque cruza al mundo de manera perpendicular. (...) Nosotros, los que predicamos el evangelio no debemos considerarnos agentes de relaciones públicas, enviados para establecer buenas relaciones entre Cristo y el mundo. No debemos imaginarnos comisionados para hacer a Cristo aceptable a las grandes empresas, la prensa, el mundo del deporte o el mundo de la educación. No somos mandados para hacer diplomacia sino como profetas, y nuestro mensaje, no es otra cosa que un ultimátum (...) A los que objetan o discrepan con esto, o lo consideran una opinión demasiado estrecha, o solamente mi punto de vista sobre el asunto, déjame decir que Dios ha sellado este mensaje con Su aprobación, desde los tiempos del Apóstol Pablo hasta el día de hoy (...) Los místicos, los reformadores y los predicadores de avivamientos han puesto aquí el énfasis, y señales y prodigios y repartimientos del Espíritu Santo han dado testimonio juntamente con ellos de la aprobación divina. Prediquemos la vieja cruz, y conoceremos el viejo poder”.

Uno de los devocionales más conocidos del panorama evangélico es el de Oswald Chambers titulado *“En pos de los supremo”*. En la meditación del día 26 de noviembre dice esto: “El resultado de la cruz es salvación, santificación, sanidad, etc., pero no hemos de predicar ninguna de estas cosas. Hemos de predicar a Jesucristo, y a éste crucificado” (...) Hemos de centrarnos en el verdadero foco de poder espiritual: la cruz. (...) En los movimientos de santidad y reuniones de experiencias espirituales, el enfoque tiende a centrarse no en la Cruz de Cristo, sino en los efectos o resultados de la Cruz”. Y en el comentario que aparece el día 20 de diciembre está escrito así: “El lema de la religión modernista y mundanal de nuestros días es servir de una manera agradable y sin confrontaciones. Nuestra única prioridad ha de ser presentar a Jesucristo crucificado, levantarlo todo el tiempo (1 Corintios, 2:2). Toda creencia que no esté arraigada en la Cruz de Cristo conducirá al extravío”.

A estos predicadores clásicos y muchos otros los tenemos en alta estima, adornamos sus sepulcros, grabamos en oro sus palabras pero vivimos lejos de la verdad que anunciaron. Verdad que no es más que el mensaje antiguo, los caminos viejos; como dijo otro profeta con su sepulcro muy bien adornado, el profeta Jeremías: “Así dijo JHWH: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma. Mas dijeron: No andaremos” (Jeremías 6:16).

La respuesta de Dios a Babilonia y todo sistema religioso es el mensaje de la cruz, la palabra de la cruz. En Babel se levantó una torre de ladrillos; en el monte Moriah se levantó una cruz para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Si hay un distintivo que identifique nuestro tiempo es la mezcla y confusión. Los conceptos claros se pierden en el mar del relativismo. Lo que una verdad anuncia se diluye y distorsiona en el océano de argumentos humanos donde todo vale con el único fin de no presentar una verdad sólida como veraz y determinante.

La congregación de Dios también ha sido atrapada y confundida en este laberinto de la mezcla. Hemos visto algunos de los conceptos que han llegado a tener una forma muy distinta a la que en su origen se anunció. Hemos sido contaminados en muchos casos por términos modernos que nada tienen que ver con la esencia del evangelio y que han desvirtuado el mensaje hasta diluirlo y mezclarlo con corrientes filosóficas modernistas. Nuestra respuesta es la misma que ya anunció el apóstol de los gentiles hace casi dos mil años y que podemos resumir con sus propias palabras: predicamos a Cristo y este crucificado.

En medio de una cosmovisión humanista y masónica, con un despertar del gnosticismo, y por tanto una sociedad contraria a la revelación de Dios: *predicamos a Cristo*. En medio de un ataque violento a las Escrituras y el evangelio de Dios, en forma de libros como "El Código Da Vinci"; o una masificación de traducciones de la Biblia que desorienta: *predicamos a Cristo*. En medio de una sociedad abiertamente permisiva, de leyes impías y gobernantes sin principios morales: *predicamos a Cristo*. En medio del terrorismo islámico y los nacionalismos extremos y egoístas: *predicamos a Cristo*. En medio de los desafíos a la institución familiar como núcleo vital de la sociedad: *predicamos a Cristo*. En medio del estrés y la ansiedad: *predicamos a Cristo* como Príncipe de Paz. En medio de la decadencia moral y espiritual; los legalismos del sistema religioso y un liderazgo amadores de sí mismos: *predicamos a Cristo*. En medio de la apatía, la indiferencia y la pasividad del pueblo creyente debemos: *predicar a Cristo*, el que afirmó su rostro para ir a Jerusalén. En medio de la búsqueda desordenada por el placer, el dinero y el éxito rápido: *predicamos a Cristo*. Todo esto y mucho más es Babilonia. Pero nosotros predicamos a Cristo y este crucificado; locura para los que se pierden y poder de Dios para los que se salvan. Es predicar vida y no un sistema religioso. Dios ha levantado una cruz como base de su provisión para todos los hombres (cf. Juan 3:13-17). Jesús es el YO SOY de Dios para todas nuestras necesidades. En el evangelio de Juan encontramos una buena parte de la manifestación de JHWH: "Yo soy el que soy". YO SOY el pan de vida (6:35). YO SOY la luz del mundo (8:12). Antes que Abraham fuese YO SOY (8:58). YO SOY el buen Pastor (10:11). YO SOY la resurrección y la vida (11:25). YO SOY el camino, la verdad y la vida (14:6). YO SOY la vida verdadera (15:1). Cristo es todo lo que necesitamos, de ahí que Pablo diga: "... Vosotros estáis completos en El" (Col.2:10).

La vieja y nueva cruz de A. W. Tozer

A.W.Tozer

Sin anunciar y casi sin ser detectada, ha entrado en el círculo evangélico una cruz nueva en tiempos modernos. Se parece a la vieja cruz, pero no lo es; aunque las semejanzas son superficiales, las diferencias son fundamentales. Mana de esa nueva cruz una nueva filosofía acerca de la vida cristiana, y de aquella filosofía procede una nueva técnica evangélica, con una nueva clase de reunión y de predicación. Ese evangelismo nuevo emplea el mismo lenguaje que el de antes, pero su contenido no es el mismo como tampoco lo es su énfasis. La cruz vieja no tenía nada que ver con el mundo, para la orgullosa carne de Adán, significaba el fin del viaje. Ella ejecutaba la sentencia impuesta por la ley del Sinaí. En cambio, la cruz nueva no se opone a la raza humana; antes al contrario, es una compañera amistosa y, si es entendida correctamente, puede ser fuente de océanos de diversión y disfrute, ya que deja vivir a Adán sin interferencias. La motivación de su vida sigue sin cambios, y todavía vive para su propio placer, pero ahora le gusta cantar canciones evangélicas y mirar películas religiosas en lugar de las fiestas con sus canciones sugestivas y sus copas. Todavía se acentúa el placer, aunque se supone que ahora la diversión ha subido a un nivel más alto, al menos moral aunque no intelectualmente. La cruz nueva fomenta un nuevo y totalmente distinto trato evangélico. El evangelista no demanda la negación o la renuncia de la vida anterior antes de que uno pueda recibir vida nueva, predica no los contrastes, sino las similitudes; intenta sintonizar con el interés popular y el favor del público, mediante la demostración de que el cristianismo no contiene demandas desagradables, antes al contrario, ofrece lo mismo que el mundo ofrece pero en un nivel más alto. Cualquier cosa que el mundo desea y demanda en su condición enloquecida por el pecado, el evangelista demuestra que el evangelio lo ofrece, y el género religioso es mejor. La cruz nueva no mata al pecador, sino que le vuelve a dirigir de nuevo en otra dirección. Le asesora y le prepara para vivir una vida más limpia y más alegre, y le salvaguarda el respeto hacia sí mismo, es decir, su "autoimagen" o la "opinión de sí mismo". Al hombre lanzado y confiado le dice: "Ven y sé lanzado y confiado para Cristo". Al egoísta le dice: "Ven júctate en el Señor". Al que busca placeres le dice: "Ven y disfruta el placer de la comunión cristiana". El mensaje cristiano es aguado o desvirtuado para ajustarlo a lo que esté de moda en el mundo, y la finalidad es hacer el evangelio aceptable al público. La filosofía que está detrás de esto puede ser sincera, pero su sinceridad no excusa su falsedad. Es falsa porque está ciega. No acaba de comprender en absoluto cuál es el significado de la cruz.

La cruz vieja es un símbolo de muerte. Ella representa el final brutal y violento de un ser humano. En los tiempos de los romanos, el hombre que tomaba su cruz para llevarla, ya se había despedido de sus amigos, no iba a volver, y no iba para que le renovasen o rehabilitasen la vida, sino que iba para que pusiesen punto final a ella. La cruz no claudicó, no modificó nada, no perdonó nada, sino que mató a todo el hombre por completo y eso con finalidad. No trataba de quedar bien con su víctima, sino que le dio fuerte y con crueldad, y cuando hubiera acabado su trabajo, ese hombre ya no estaría. La raza de Adán está bajo sentencia de muerte. No se puede conmutar la sentencia y no hay escapatoria. Dios no puede aprobar ninguno de los frutos del pecado, por inocentes o hermosos que aparezcan ellos a los ojos de los hombres. Dios salva al individuo mediante su propia liquidación,

porque después de terminado, Dios le levanta en vida nueva.

El evangelismo que traza paralelos amistosos entre los caminos de Dios y los de los hombres, es un evangelio falso en cuanto a la Biblia, y cruel a las almas de sus oyentes. La fe de Cristo no tiene paralelo con el mundo, porque cruza al mundo de manera perpendicular. Al venir a Cristo no subimos nuestra vida vieja a un nivel más alto, sino que la dejamos en la cruz. El grano de trigo debe caer en tierra y morir. Nosotros, los que predicamos el evangelio no debemos considerarnos agentes de relaciones públicas, enviados para establecer buenas relaciones entre Cristo y el mundo. No debemos imaginarnos comisionados para hacer a Cristo aceptable a las grandes empresas, la prensa, el mundo del deporte o el mundo de la educación. No somos mandados para hacer diplomacia sino como profetas, y nuestro mensaje, no es otra cosa que un ultimátum. Dios ofrece vida al hombre, pero no le ofrece una mejora de su vida vieja. La vida que El ofrece es vida que surge de la muerte. Es una vida que siempre está en el otro lado de la cruz. El que quisiera gozar de esa vida tiene que pasar bajo la vara. Tiene que repudiarse a sí mismo y ponerse de acuerdo con Dios en cuanto a la sentencia divina que le condena. ¿Qué significa eso para el individuo, el hombre bajo condenación que quisiera hallar vida en Cristo Jesús? ¿Cómo puede esa teología traducirse en vida para él? Simplemente, debe arrepentirse y creer. Debe abandonar sus pecados y negarse a sí mismo. ¡Que no oculte ni defienda ni excuse nada! Tampoco debe regatear con Dios, sino agachar la cabeza ante la vara de la ira divina y reconocer que es reo de muerte. Habiendo hecho esto, ese hombre debe mirar con ojos de fe al Salvador; porque de Él vendrá vida, renacimiento, purificación y poder. La cruz que acabó con la vida terrenal de Jesús es la misma que ahora pone final a la vida del pecador; y el poder que resucitó a Cristo de entre los muertos, es el mismo que ahora levanta al pecador arrepentido y creyente para que tenga vida nueva junto con Cristo.

A los que objetan o discrepan con esto, o lo consideran una opinión demasiado estrecha, o solamente mi punto de vista sobre el asunto, déjame decir que Dios ha sellado este mensaje con Su aprobación, desde los tiempos del Apóstol Pablo hasta el día de hoy. Si ha sido proclamado en estas mismísimas palabras o no, no importa tanto, pero sí que es y ha sido el contenido de toda predicación que ha traído vida y poder al mundo a lo largo de los siglos. Los místicos, los reformadores y los predicadores de avivamientos han puesto aquí el énfasis, y señales y prodigios y repartimientos del Espíritu Santo han dado testimonio juntamente con ellos de la aprobación divina. ¿Nos atrevemos, pues, a jugar con la verdad cuando somos conocedores de que heredamos semejante legado de poder? ¿Intentaríamos cambiar con nuestros lápices las rayas del plano divino, el modelo que nos fue mostrado en el Monte? ¡En ninguna manera! Prediquemos la vieja cruz, y conoceremos el viejo poder.

Web Cristiana Evangélica 1.998 <http://www.arrakis.es/~maydal/cruz.html>

BIBLIOGRAFÍA

A. W. Tozer. *La vieja y nueva cruz*. <http://www.arrakis.es/~maydal/cruz.html>

Chambers, Oswald. *En pos de los supremo*. Editorial Clie. 2007

Mac Donald, Guillermo. *El verdadero discipulado*. Editorial CLC. 1979

Matthew Henry. *Comentario bíblico*. Editorial Clie. 1999

Zaballos, Virgilio. *El enigma Israel*. Editorial Logos. 2011

Zaballos, Virgilio. *No os conforméis al sistema*. Editorial Remar. 2011

www.remar.org

www.dci.org.uk

www.emsimisión.org